

Hacia sus próximos cincuenta años

La celebración cincuentenaria de la Academia Norteamericana de la Lengua Española

Francisco Javier Pérez

Estamos hoy, sábado 3 de junio de este año 2023, reunidos en este auditorio del Instituto Cervantes, en la ciudad de Nueva York, para conmemorar el cincuentenario de la fundación de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE). Ocurrida esta fundación el 5 de noviembre de 1973, la corporación ocupa por orden de antigüedad el lugar número veintidós de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE). El actual director de la Real Academia Española y presidente de ASALE, don Santiago Muñoz Machado no ha podido estar presente en este acto, como me consta que hubiera querido, pero ha enviado un mensaje de felicitación que escucharemos en la sesión de la tarde.

No es frecuente que, en una celebración por el aniversario de una institución, al promediar su edad en números rotundos no se detenga en el momento fundacional glorioso y en el trayecto temporal de sus primeros desarrollos. En contra de esta habitual costumbre de festejar por el pasado (aunque invocaremos inaplazablemente algunos de sus hechos pretéritos más relevantes), quisiera hacerlo anticipando los motivos por los que esta Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) será festejada en el futuro. Ajeno a cualquier ejercicio de adivinación, mis planteamientos de prospección buscarán visualizar el tiempo venidero de esta corporación que hoy celebra su media centuria, intentando resaltar las que considero serán las tareas capitales que tendrá que cumplir durante los próximos cincuenta años.

Las academias de la lengua española viven en el presente, sin exceso de optimismo, su mejor momento. Las ciclópeas cifras sobre el crecimiento del número de hablantes de español en la actualidad, tanto por la suma de los hablantes nativos, como de los que aprenden español como segunda lengua, no hacen sino recordarnos que nos encontramos en el tiempo más feliz de nuestra historia como lengua; si nos atenemos solo al indicador cuantitativo. La significación que nuestras academias han alcanzado como instituciones que acompañan las cifras de vértigo en torno al español, las proyecta como instituciones llamadas a ocupar el primer puesto en el seguimiento y desarrollo del idioma. En este sentido, las academias que conforman la Asociación de Academias, y gracias a este feliz empeño de integración, han establecido los principios teóricos y los mecanismos prácticos para hacer posible regir con dignidad y sin autoritarismos los procesos de crecimiento de la lengua española.

Los principios de la política lingüística panhispanica que nos rigen han obrado el milagro de hacernos fuertes en la unidad dándole cabida a la diversidad lingüística; por la que sentimos un obsesivo respeto. El «policentrismo» como eje estructurador de la descripción lingüística y, en consecuencia, como hecho sustantivo en el crecimiento de la lengua nos está permitiendo ampliar los horizontes de la descripción misma y nos está marcando el rumbo en la elaboración de obras de gran alcance. Como sabemos, ellas son el diccionario, la gramática y la ortografía alejadas de criterios restrictivos, supremacistas, nacionalistas o excluyentes las que adoptan una perspectiva de apertura en el caso del diccionario, de explicación en el de la gramática y de recomendación en el de la ortografía. Apertura, explicación y recomendación son los tres sustantivos que ordenan el panhispanismo que practicamos, como deseo y necesidad, en abierto repudio a las formas pretéritas ya superadas o parcialmente activas todavía, que pretendían hacer del español una lengua monocorde, monocromática y aburrida, hija de nefastos casticismos anacrónicos que significaron por mucho tiempo la desdicha de hablantes y escritores acosados por una custodia policial del idioma. Felizmente, nada de eso existe ya como propuesta general y, en su lugar, son las particularidades las que conducen los destinos del idioma.

El panhispanismo obra también milagros cualitativos y quiero referirme a uno de ellos. No otro que el del español plural que se está consolidando desde hace varias décadas en los Estados Unidos. El escritor y ensayista venezolano Arturo Uslar Pietri (1906-2001) lo rotuló con una expresión que quiero hacer mía a partir de ahora. En su magistral ensayo «El reino de Cervantes», publicado en la *Revista de Occidente*, el año 1992, Uslar Pietri, además de acuñar la lengua y cultura en español bajo el signo cervantino (algo que más adelante Carlos Fuentes parafrasearía como «el territorio de la Mancha»), dejará asentado el principio de la «comunidad hispánica». En clave personal, al relatar su estancia en Nueva York, cumplida después de la segunda guerra mundial, al salir de Venezuela espantado por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, integrándose en esta ciudad al Departamento de Español de la Universidad de Columbia, observa la diversidad hispánica que se estaba fraguando en las aulas, por la presencia de grandes personalidades españolas e hispanoamericanas, y, en la calle, por la pluralidad de hispanohablantes de toda procedencia. Demos la palabra por unos instantes al escritor para que se explique sin necesidad de interpretaciones [aunque sí con algunas intromisiones de mi parte]:

Entré en un inesperado islote de comunidad hispánica dentro de la gran ciudad extraña. Tuve así la oportunidad de convivir por varios años con genuinos representativos de la comunidad hispanoamericana. Estaban allí grandes escritores españoles, como Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás [uno de los ilustres fundadores de la ANLE], Ángel del Río, Fernando de los Ríos, Francisco

García Lorca y su admirable mujer, Laura de los Ríos [hermano y cuñada, respectivamente, del gran Federico, el inigualable autor de *Poeta en Nueva York*], y pasaba ocasionalmente gente como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas o Américo Castro. También, en la misma estrecha convivencia estaban allí o venían de paso muchos hispanoamericanos, como el colombiano Germán Arciniegas, el cubano Eugenio Florit o el mexicano Andrés Iduarte, sin que faltaran por temporadas o como visitantes Haya de la Torre, Gabriela Mistral, Raúl Roa y el profesor sefardita J. M. Bernardete.

No nos sentíamos distintos los unos de los otros; el medio anglosajón que nos rodeaba acentuaba más lo que teníamos en común. Lo mismo se hablaba de *Don Quijote* que de *Martín Fierro*; las escuelas y las tendencias y las grandes figuras literarias terminaban por ser comunes y por representar partes de procesos que iban más allá de lo nacional. Más aprendí entonces sobre nuestra lengua y su naturaleza oyendo a Navarro Tomás disertar sobre el español de Puerto Rico, que en todas las gramáticas de mis años escolares.

Cerca de los edificios de la universidad se extendía el muy empobrecido barrio negro de Harlem, y dentro de él, el *Spanish Harlem* o, por otros nombres, los “latinos”, los “hispanos”, los emigrantes de Puerto Rico, de Santo Domingo, de Colombia, de México y Centroamérica. No hubiera podido darse vecindad más incongruente y reveladora: la de los profesores universitarios y la de los desplazados pobres de la lengua española. Sin embargo, el contacto no era raro ni, mucho menos, difícil. Se iba con frecuencia a las tiendas de aquel barrio a comprar comestibles criollos o españoles y se hablaba con los tenderos y sus clientes. Era como una momentánea inmersión en un ambiente cultural propio y vivo. Se notaba más lo que teníamos en común que lo que podíamos representar socialmente; era imposible no darse cuenta de la realidad y riqueza de una comunidad cultural en la que podían caber sin desajuste Federico de Onís, Germán Arciniegas y el “marquetero” puertorriqueño¹.

En cierta forma, el relato anterior parece reseñar la situación de diversidad dialectal hispánica que motivará, unos treinta años más tarde, la creación de la ANLE, con el cometido de «fomentar la unidad y defensa de la lengua española, excluyendo toda política», como reza en el excelente capítulo que Gerardo Piña-Rosales, ex director de la corporación, escribiera para la *Enciclopedia del español en los Estados Unidos*, en 2009, que coordinaría el maestro Humberto López Morales, mi antecesor como secretario general de la ASALE². Piña-Rosales

¹ Arturo Uslar Pietri, «El reino de Cervantes», en *La invención de América mestiza*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pág. 215. Compilación y presentación: Gustavo Luis Carrera.

² Gerardo Piña-Rosales, «La universidad norteamericana: departamentos del español, grandes figuras del hispanismo y asociaciones e instituciones culturales», en Humberto López Morales (coord.), *Enciclopedia del español en los Estados Unidos*, Madrid, Instituto Cervantes, 2009, pág.467.

reconstruye el momento fundacional y su adscripción en la Asociación de Academias y nos informa sobre personalidades, proyectos y logros de la Academia Norteamericana. Sobre el momento fundacional, nos dice que: «Tomás Navarro Tomás, miembro de la Real Academia Española, exiliado en Nueva York, inició el proyecto para la creación de la Academia Norteamericana, con la colaboración del chileno Carlos MacHale, el peruano Eugenio Chang-Rodríguez, el español Odón Betanzos Palacios, el ecuatoriano Gumersindo Yépez, el puertorriqueño Juan Avilés y el español Jaime Santamaría». Asimismo, aporta una lista sucinta con algunos de los nombres de filólogos y escritores más prominentes que formaron parte de la institución para ese momento y que me interesa destacar hoy, en clave de prestigio histórico: «En la nómina de académicos de la Norteamericana han figurado (y en algunos casos figuran aún), nombres tan descollantes como los de Tomás Navarro Tomás, Jorge Guillén, Ramón J. Sender, José Ferrater Mora, Joan Corominas, Odón Betanzos Palacios, Ildefonso Manuel Gil, Enrique Anderson Imbert, Eugenio Florit, Rolando Hinojosa Smith y Fernando Alegría».

El texto de sus *Estatutos* enumera los objetivos que la institución debía cumplir como parte de su misión institucional. Ocho preciosos verbos marcarán los destinos de la corporación y sus empeños vocacionales más sólidos en favor de la lengua: fomentar, estudiar, brindar, procurar, contribuir, promover, colaborar y cooperar. Asimismo, establece meridianamente el documento estatutario la vocación panhispánica de la institución, en consonancia con el resto de las academias de la ASALE:

A partir de entonces ha mantenido el propósito de cooperar con la Real Academia Española, la ASALE y su Comisión Permanente, a fin de trabajar conjuntamente por la unidad e integridad del idioma común y velar porque su evolución sea conforme a la tradición y naturaleza cambiante de nuestra lengua española.

El año 1980 marcará el segundo hito en la historia de la ANLE al concretarse su adscripción en la ASALE. Durante el congreso que la Asociación celebraba en Lima, siendo presidente Dámaso Alonso, a la sazón director de la Real Academia Española, y secretario general el académico colombiano José Antonio León-Rey, se llevará a cabo el acto formal de ingreso de la ANLE. Como podrán imaginar, se trató de un paso de gigantes que haría memorable la mencionada reunión de academias. La entrada oficial de la academia del norte en el seno del cuerpo de academias del español transformará el destino de la corporación neoyorkina y, también, el de la propia Asociación.

Ciertamente, habían transcurrido casi veinte años sin que se modificara el plantel de las academias de ASALE, después del ingreso de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, en 1955, que por diversas razones compartiría con la de los Estados Unidos decididos empeños en relación con la defensa del idioma. Además de este aporte a la estructura institucional, el ingreso de la ANLE suponía

un cambio notorio en el mapa académico del español, pues podía exhibir, junto a la academia española, las diecinueve hispanoamericanas y la de Filipinas, el cuadro casi completo de la lengua desde la mirada académica; en consonancia con lo que ya se hacía desde los centros de investigación y estudio universitarios en todos los ámbitos hispanohablantes³.

La joven academia comenzaría su andadura alimentando el diccionario de la lengua con aportes léxicos sobre el español esencialmente plural que comenzaba a tener una identidad. Se multiplican los estudios sobre el español en los Estados Unidos y de su incidencia en el concierto de la lengua. Asimismo, la ANLE se sumará, en abierto seguimiento, a la política lingüística panhispánica, que, como hemos formulado, se fragua en el español norteamericano de manera muy especial. Muy pronto, también, el contacto entre lenguas comienza a evaluarse desde la corporación. Finalmente, la construcción del hispanismo norteamericano, cuya tradición se remonta a los tiempos de Thomas Jefferson y de los demás fundadores de la Nación, crea un mirador de la «lengua y cultura en español» en los Estados Unidos, que todavía sigue dando sus frutos.

Un logro en apariencia pequeño, pero que significaba un paso gigante, fue la inclusión en el *Diccionario de la lengua española* de la voz «estadounidismo» con la definición de ‘Palabra o uso propios del español hablado en los Estados Unidos de América’ y de su correspondiente marca lexicográfica, «*EE.UU.*», indicativa del uso en el español del país «Estados Unidos» (el *Diccionario de americanismos* recurre a la marca «*EU*»). Consecuencia muy feliz de todo ello fue que el corpus del diccionario fue ampliándose, edición tras edición, con voces del español del país del Norte y que la marca comenzara a asignarse a muchas voces que lo estaban para otros países y no para los Estados Unidos, donde se usaba de manera muy regular.

Algunos ejemplos podrían ser: *parada* (*parade*) ‘Desfile’, *departamento* (*department*) ‘Ministerio o Secretaría de Estado’, *carpeta* (*carpet*) ‘Alfombra’, *rentar* (*to rent*) ‘Alquilar’, *textear* (*to text*) ‘Mensajear’, *van* (apócope de *caravan*) ‘Microbús o camioneta cerrada de cuatro ruedas que se utiliza para transportar personas, principalmente’, *ampáyer* (*umpire*), ‘Árbitro de un partido de béisbol’, entre tantas otras. Algunos estadounidismos, por otra parte, ya tenían vida fuera del territorio norteamericano y habían ingresado en el léxico americano; v.g. *aplicar* (*to Apply*) ‘Presentar una solicitud’. A partir de la edición del 2012, el DLE comenzó a ser un diccionario más panhispánico de lo que ya era. Si bien el corpus norteamericano en el DLE sigue siendo muy poco representativo (con apenas 28 apariciones de la marca distintiva), en el *Diccionario de americanismo* el conjunto aparece notablemente aumentado, con 1.370 marcaciones de acepciones para el español de los Estados Unidos, bien en

³ Habría que esperar cuarenta y dos años para recibir la última transformación organizacional y conceptual de la Asociación con el ingreso de la corporación de Guinea Ecuatorial, el año 2015.

solitario o bien en compañía de otros países americanos, que comparten los mismos usos.

Este particular panhispanismo norteamericano pudiera asimilarse mejor tomando en cuenta un planteamiento que el crítico y biógrafo Carl van Doren (1885-1950), célebre por haber logrado el establecimiento de la obra de Herman Melville, en conexión con la idea del ejercicio colonial de la lengua. El crítico vendría a resolverlo diciendo que «América es históricamente una colonia cuya madre patria es el Universo todo»⁴.

Como es propio en el mundo académico de la lengua, tradición y modernidad serán las claves para comprender las rutas, los frentes de trabajo y las preocupaciones de la Academia Norteamericana. Por una parte, como llevamos dicho, no se escatimarán celos en la consideración sobre las peculiares características del español de los Estados Unidos, su defensa (recordemos el firme rechazo que la ANLE manifestó cuando se eliminó el español en los documentos oficiales de la Casa Blanca, al comenzar el gobierno de Donald Trump, en 2017), su divulgación normativa (la ANLE como institución y sus miembros como individualidades han mantenido o mantienen en los medios impresos, en radio y televisión una presencia destacada en función de ilustrar a los distintos públicos sobre los mejores usos idiomáticos), su hispanismo equilibrado (están allí para confirmarlo las compilaciones de estudio sobre Rubén Darío y Gabriela Mistral y sus vínculos con los Estados Unidos) y su promoción de los valores literarios hispánicos en suelo norteamericano (son muchas las ediciones rubricadas por la ANLE, tanto en libros como en sus varias y prestigiosas publicaciones periódicas de temática general, especialmente el Boletín de la Academia-BANLE y la Revista de la Academia-RANLE, que permiten seguir el curso de las actividades, metas y logros de la institución, y, enfáticamente, la producción literaria, artística, cultural y de pensamiento de académicos, investigadores, profesores, periodistas y escritores). En clave de modernidad, la ANLE nunca ha estado distante de los temas de la lengua más actuales. De esta suerte, exhibe hoy un conjunto muy representativo de publicaciones que se interesan por comprender problemas de la lengua del presente (mención muy destacada para la revista *Glosas*, que promueve y produce estudios de sólida factura sobre los temas centrales de la lengua de hoy), entre los que se encuentran, la relación amigable o conflictiva del español y el *espanglish*, los medios de comunicación y la lengua, el lenguaje inclusivo y su gestión en el español norteamericano, el lenguaje y la Inteligencia Artificial en la cuna de las grandes empresas tecnológicas.

La Academia Norteamericana cumple cabalmente con los acuerdos de colaboración, estudio, investigación y difusión establecidos con la Asociación de

⁴ Cita en Mariano Picón-Salas, «Las Américas en su historia», en *Europa-América. Preguntas a la Esfinge de la Cultura y otros ensayos* [1947], Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996, tomo V, pág. 227. Selección: Guillermo Sucre. Introducción: Adolfo Castañón. Notas y variantes: Cristian Álvarez [Biblioteca Mariano Picón-Salas, V]

Academias, tanto los de índole tradicional, como los de mayor actualidad, en lengua y en literatura. Así, se ha integrado activamente a las tareas de la ASALE, siendo una de las más relevantes, la conformación de la Comisión Permanente que una vez al año, por espacio de tres meses, queda instalada por representantes de tres academias asociadas y por las autoridades residentes en Madrid (presidente, secretario general y tesorero). Puntual y efectivamente, la Academia Norteamericana participó en la Comisión Permanente en 1989, 1999, 2004, 2014 y 2021, siendo sus representantes los numerarios Ildfonso Manuel Gil López, Eugenio Chang-Rodríguez, Joaquín Segura, Emilio Bernal Labrada y Jorge Ignacio Covarrubias. Tengo muy frescas aun las comprometidas y acertadas actuaciones del último de estos académicos, en todas y cada una de las tareas en las que participó: revisión del *Diccionario fraseológico panhispánico*, aporte a la Colección Clásicos ASALE (con el volumen *Radiografía de tres décadas*, de Enrique Anderson Imbert, que editó y prologó y que hoy presentaremos en la sesión de la tarde), contribuciones a la «Comisión de Neologismos» para el *Diccionario de la lengua española*, evaluación del expediente sobre el futuro ingreso en la ASALE de la Academia del Judeo-español, asistencia a los Plenos de la RAE y a las reuniones de la Comisión Permanente y, entre otras, visitas institucionales a la Fundación San Millán de la Cogolla, en la Comunidad de La Rioja-España).

Sobre las Comisiones Interacadémicas, debemos recordar las valiosas actuaciones de Joaquín Segura relativas a la primera de nuestras obras panhispánicas, el *Diccionario panhispánico de dudas*; Joaquín Segura y Gerardo Piña-Rosales en las relativas a la *Nueva Gramática de la lengua española*; de Orlando Rodríguez Sardiñas para el *Diccionario de americanismos*; de Gerardo Piña-Rosales en el *Glosario de términos gramaticales*; de Domnita Dumitrescu en cuanto al *Diccionario de la lengua española* y de Antonio Pámies en la del *Diccionario fraseológico panhispánico*.

Llegado a este punto, tendríamos que preguntarnos por los problemas que enfrenta la ANLE en el tiempo presente. Sin intención de aguar la fiesta de este festejo aniversario, creo que el momento también es bueno para hacer un balance realista en relación con los inconvenientes de funcionamiento que esta corporación tiene hoy y que arrastra desde hace un largo tiempo, con el ánimo de seguir produciendo razones que permitan comprender que las carencias son el resultado de la falta de algunos incentivos y con el empeño de seguir promoviendo ideas para remediar a corto o mediano plazo estas situaciones. Aún sin mencionar los motivos causantes de los inconvenientes a los que hemos aludido, todos aquí ya saben que se trata de la falta de recursos económicos y de la carencia de una sede física que permita las reuniones habituales, los plenos, las comisiones, los ingresos, los actos especiales, las labores de investigación y los servicios bibliotecarios. Me dirán que cuando escasea el dinero, la vocación y entrega hacen maravillas y esto es tan cierto, como la lección de supervivencia

que la ANLE nos ha dado durante estos primeros cincuenta años de vida institucional. Sin embargo, habrá que empeñarse en los venideros en tratar de conseguir una sede que facilite la rutina institucional y que le ofrezca mayor visibilidad a la corporación norteamericana. En cuanto a los fondos que se requieren para las tareas cotidianas y para las extraordinarias, sin ningún atisbo de prepotencia, habrá que establecer campañas con instituciones, empresas y personas, que doten a la corporación de medios para el trabajo diario de estudio de la lengua en su acepción más amplia. La ASALE está tanto preocupada como comprometida en la solución de estos problemas de naturaleza financiera de la Academia Norteamericana. Me gustaría, pues, que esto que digo no se quede en una declaración de buenas intenciones, sino que se convierta en una propuesta para pensar los mecanismos para instrumentalizar dicha campaña en favor de la ANLE. Nuestro presidente y yo mismo estamos ganados a ello como los que más y estoy seguro de que en el futuro inmediato pondremos todo nuestro empeño para remediar en algo la injusticia y el sinsentido que supone que nuestra academia en el país que está llamado a ser el futuro del español, carezca de los recursos básicos y las dotaciones esenciales para su buen funcionamiento.

Sus cuatro directores hasta el momento, de los que me precio de haber conocido a tres de ellos y de haber gozado o de gozar de su amistad, Odón Betanzos, Gerardo Piña-Rosales y Carlos Paldao, han todos sido factores importantes de la integración interinstitucional y ejecutores de proyectos, planes y acciones de fortalecimiento de muy diverso tipo. Para beneplácito y, también para asombro de muchos, hay que decirlo, la ANLE ha cumplido con un exigente programa de trabajo que incluye un catálogo ya numeroso de publicaciones y la realización de tres exitosos congresos, los dos primeros celebrados en Washington y el más reciente, hace escasamente un mes, en Miami, que propició con gran acierto los homenajes a Juan Ramón Jiménez y a Humberto López Morales. No saben lo mucho que he lamentado no haber podido estar en los actos de Coral Gables, tantas veces apetecidos por mí, gracias al contagioso entusiasmo de mi querido Orlando Rodríguez Sardiñas.

En renglón aparte, quisiera mencionar en clave de homenaje la nómina de numerarios actuales de academias de ASALE, algunos de ellos directores en ejercicio o que lo fueron en el pasado, que han sido honrados con la correspondencia de la Academia Norteamericana en sus países, una hermosa práctica de ser reconocidos, reconociendo. En esta lista estarían, por academias (según los datos aportados por la web de la ANLE), los veintiséis miembros de número que seguidamente menciono, entre los que se cuentan cuatro directores en ejercicio, once que ya lo fueron, dos honorarios y dos secretarios generales:

- Real Academia Española: Clara Janés, José María Merino, Arturo Pérez-Reverte y Darío Villanueva (exdirector).

- Academia Ecuatoriana: Susana Cordero de Espinosa (directora actual).
- Academia Mexicana: Jaime Labastida (exdirector) y Pedro Martín Butragueño.
- Academia Venezolana: Francisco Javier Pérez (expresidente y secretario general).
- Academia Chilena: Alfredo Matus Olivier (exdirector).
- Academia Peruana: Harry Belevan-McBride, Marco Martos Carrera (expresidente).
- Academia Guatemalteca: Mario Antonio Sandoval (exdirector).
- Academia Filipina: José Rodríguez (exdirector).
- Academia Cubana: Nuria Gregori Torada, Sergio Valdés Bernal.
- Academia Boliviana: Marío Frías Infante (exdirector).
- Academia Dominicana: Bruno Rosario Candelier (director actual).
- Academia Nicaragüense: Jorge Eduardo Arellano (exdirector), Gioconda Belli y Sergio Ramírez.
- Academia Argentina de Letras: José Luis Moure (expresidente).
- Academia Nacional de Letras (Uruguay): Adolfo Elizaincín (expresidente), Carlos Jones Gaye y Wilfredo Penco (presidente actual).
- Academia Puertorriqueña: Humberto López Morales (exsecretario general) y José Luis Vega (director actual).

Ya casi antes de terminar, no puedo dejar de señalar el prestigio de que goza la ANLE en el conjunto de las demás academias de ASALE. Se la tuvo por mucho tiempo como la benjamina de las corporaciones y se la fue entendiendo en algunos procesos de funcionamiento que eran muy distintos a los del resto de hermanas. Y distintos tenían que ser, pues, estaba enclavada en una tierra que, aunque siendo históricamente hispánica, lo había dejado de ser, en cumplimiento de su sino como nación. De estos contrastes entre lo pasado y lo presente en los Estados Unidos nos habla Pedro Henríquez Ureña, el moderno patriarca de las letras dominicanas, cuando vindica a los Estados Unidos, en 1925, como arquetipo de la libertad y primera utopía mundial en el pasado y, hoy, como uno de los países que lucha contantemente por mantener una libertad de la que en ocasiones adolece «uno de los países menos libres del mundo», producto de la riqueza desmedida y la opulencia desorbitada⁵.

Unas décadas más tarde, Octavio Paz escribía un breve texto que tituló: «España y Estados Unidos: dos vertientes», en donde ensaya polaridades afectivas entre las dos naciones, en el marco del conflicto que suponía siempre (y lo sigue suponiendo) la querrela entre hispanistas y antihispanistas tanto en América como

⁵ Pedro Henríquez Ureña, «Patria de la justicia» [1925], en *Desde Washington*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pág. 179. Estudio introductorio, compilación y notas: Minerva Salado.

en España misma⁶. El poeta máximo nos habla de su reconocimiento de España y de cómo se reconoció en ella. En clave de confesión, dice que, en los Estados Unidos, cuando vive durante dos años alternando residencias entre San Francisco y Nueva York, entre Vermont y Washington, trabajando en oficios de necesidad, conociendo algunos días de exaltación y otros de abatimiento, leyendo a los poetas ingleses y a los norteamericanos, y que, gracias a la fortuna de todas estas confluencias, comenzaría a escribir algo diferente a la poesía que practicaban los jóvenes en España y en Hispanoamérica. «Volví a nacer», nos dice⁷. El nutricional ensayo señala que en España conoció la fraternidad ante la muerte y en los Estados Unidos la cordialidad ante la vida.

Aunque suponga extrapolar mucho a partir de lo expresado por el escritor mexicano, estoy convencido de que la Academia Norteamericana ha sido conducida por la cordialidad y la fraternidad en un territorio que se pensaba hostil a nuestros intereses lingüísticos y que va hoy en el camino de hacerse una tierra de promisión lingüística sin discusión alguna.

La ASALE dice presente en este acto de celebración del quincuagésimo aniversario de la fundación de esta academia fraterna y cordial y le augura para sus próximos cincuenta años de vida cada vez mejores y más nobles tratos con la lengua.

⁶ En este punto, me gustaría aportar una lista con nombres de numerarios, correspondientes, honorarios y premiados que fueron distinguidos en alguna de estas categorías por la ANLE, nómina que viene a destacar la presencia de escritores e hispanistas norteamericanos en el seno de la corporación neoyorkina, desde su fundación y hasta el presente (incluyo en ella a cualquier miembro nacido en los Estados Unidos, en independencia de su origen familiar): Theodore S. Beardsley, Lincoln Canfield, Mark P. Del Mastro, John E. Englekirk, Daniel Fernández, William L. Fichert, David T. Gies, Ottis Green, Rolando Hinojosa Smith, Nicolás Kanellos, Lloyd Kasten, Ruth Kennedy, Sturgis E. Leavitt, Irving A. Leonard, Georgette Magassy Dorn, Christopher Maurer, Frank Nuessel, John J. Nitti, Mordecai S. Rubin, Elias L. Rivers, Joaquín Segura, Noël Valis y Edwin B. Williams.

⁷ Octavio Paz, «España y Estados Unidos: dos vertientes», en *Octavio Paz en España, 1937*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007, pág. 80. Antología y prólogo: Danubio Torres Fierro.